

PRIMERA PARTE:
AMOR

1

La mañana en la que un médico estimó que me quedaban unos pocos meses de vida volví a casa y almorcé huevos con patatas. Después me tumbé en la hamaca del jardín, crucé los brazos sobre mi barriga, cerré los ojos y suspiré. Fue allí, acostado como una momia, cuando me di cuenta de que había tirado la mayor parte de mi vida a la basura. Desde entonces me siento bastante enfadado, aunque no sé bien con quién, y eso es más frustrante todavía. Ojalá creyese en Dios, así podría enfadarme con él. Por hijo de puta. Iría a la pequeña iglesia que hay en el pueblo, arrancarí­a el Cristo crucificado de encima del altar y lo estamparía contra el suelo.

El otro día le comenté esto mismo a la psicóloga y a ella le entró la risa. Al principio me indigné, no entendía a qué venía tanto cachondeo, pero sus carcajadas de sapo resfriado eran contagiosas y acabé riendo yo también. Cuando nos calmamos, me dijo que lo de sentir rabia era normal. También me explicó que la mayoría de los pacientes que había tratado creían que su vida había sido una mierda. No lo dijo con esas palabras, pero casi. Se arrepentían, sobre todo, de lo que no habían hecho. A mí que todos los humanos seamos igual de subnormales no me consoló en absoluto. En todo caso, me sentí más gilipollas todavía, pero ella me caía bien

y no se lo dije. Al final, con ese tono tan suyo de profesora de secundaria a punto de jubilarse, me recomendó que hiciese las paces conmigo mismo. Me propuso que recordase momentos felices, que hablase con mis seres queridos, que a mucha gente le resulta útil escribir o grabar sus memorias. Supongo que fue su forma de decirme que el único culpable de mi vida de mierda era yo. La muy anfibia.

Hoy no consigo dormir y he recordado eso de las memorias. Es una palabra que me parece demasiado pretenciosa: memorias. Alejandro Magno, Teresa de Jesús, Alan Turing o Emilio Aragón tal vez tengan derecho a utilizarla; pero yo, por el momento, he llamado al fichero donde estoy escribiendo *SAPO RESFRIADO*. Así, en mayúsculas. No es mi intención llenarlo de traumas infantiles, decepciones universitarias o frustraciones laborales. Si os interesan esas cosas, coged a cualquier persona de Bilbao de clase media a punto de cumplir cuarenta años y preguntadle sobre su vida. No, si hay algún tramo de mi existencia que calificaría de interesante o, por lo menos, de entretenido, ese correspondería a mi último año y medio de vida.

Supongo que todo comenzó con la sangre. Yo era de los que se enorgullecía de no haber ido al médico desde los dieciocho años. Si tenía fiebre, me aguantaba. Si me dolía la espalda, me aguantaba. Como mucho, le robaba un ibuprofeno a mi madre o a mi novia. Y mírame ahora. En fin. El caso es que, cuando un día me levanté del retrete y lo vi manchado de sangre, me asusté. No había sentido ningún dolor y lo primero que pensé fue que no era mía. Puede que a mi novia se le hubiese olvidado tirar de la cadena. Por supuesto, era una idea estúpida. Esa sangre no estaba ahí antes y, además, sabía que Ane se encontraba hacia la mitad de su ciclo menstrual. Pero no estaba pensando con claridad. Después me limpié con cuidado y el papel se tiñó de unos colores que no dejaron lugar a dudas.

Algo alarmado, salí del cuarto de baño, llamé al ambulatorio y concerté una cita con mi médico de cabecera.

Resultó ser un señor mayor bastante simpático que no dudó en inspeccionar mi ano. No vio nada esclarecedor. Serán hemorroides internas, me tranquilizó. Aun así, pidió unas analíticas y me dio cita con el digestivo. Por si acaso. El digestivo, otro hombre algo más joven y menos simpático, examinó las profundidades de mi esfínter con la habilidad de un veterinario de ganado porcino. Después me preguntó sobre mis hábitos defecatorios y sobre mi alimentación. Debía comer más verdura, más fruta, más legumbres. Menos carne roja, menos patatas fritas, menos cruasanes. Al final, me dijo que haríamos una ecografía y puede que una colonoscopia. Por si acaso.

Un par de semanas más tarde el veterinario porcino me llamó para que volviese a su consulta y habláramos sobre los resultados de la ecografía. Aquel fue el día en el que mi vida cambió por completo. Durante las siguientes veinticuatro horas el destino me agarró del tobillo y me zarandeó como un niño enrabiado zarandearía al muñeco de trapo de su peor enemigo. Me imagino que estaba aburrido. Y ahora, visto desde la distancia, admito que todo lo que sucedió fue bastante divertido.

Recuerdo que era un jueves de marzo, en Bilbao brillaba el sol y hacía un frío de cojones. Que en Bilbao brillase el sol ya debería de haberme advertido de que algo no andaba bien. Salí de la oficina a la una del mediodía y me dirigí a la consulta del digestivo. Aprovecharía la hora de la comida para acudir a la cita y así mi jornada laboral apenas se vería menguada. Por aquel entonces yo era todavía más gilipollas que ahora. Mi plan, como les ocurre siempre a mis planes, fracasó.

—En la ecografía se ve algo —dijo el médico en cuanto me senté frente a él.

Yo, que proceso la información como un ordenador, interpreté el mensaje al pie de la letra y lo miré extrañado. Por supuesto que se ve algo, pensé, de lo contrario mi cuerpo

estaría vacío. Él, al darse cuenta de que no entendía nada, añadió:

—Cierta masa tumoral.

Hasta aquel momento la explicación de las hemorroides me había convencido y ya me estaba acostumbrando a su presencia. Pero el uso de la palabra tumor, aunque dicha con cierto disimulo, encendió una alarma mental que lo invadió todo. Al veterinario porcino mi silencio le ponía nervioso y trató de quitarle importancia al asunto. Me recordó lo de la dieta saludable. Me habló sobre el preparatorio para la colonoscopia que tendría que hacerme en unos días. De pasada, entre explicación y explicación, introdujo los términos biopsia y cáncer. Yo, que cada vez echaba más de menos mis inexistentes hemorroides internas, salí de la consulta confuso y desorientado. Caminé como un zombi aletargado durante un buen rato y, algo más calmado, me senté en un banco de la margen derecha de la ría. Aspiré profundamente el gélido aire primaveral y, cinco segundos después, lo expulsé con resignación.

El agua, de color chocolate, bajaba con fuerza. Los días anteriores había llovido mucho y la corriente arrastraba todo tipo de objetos en dirección al mar: ramas, troncos, una rueda de bici, una valla de obra. Era un espectáculo que siempre me intrigaba. Estoy convencido de que la gente aprovecha las crecidas para arrojar lo que no necesita a la ría. Meditaba sobre este asunto cuando mi teléfono móvil vibró y, en un gesto automático, lo saqué del bolsillo del pantalón vaquero. Era el recordatorio de la reunión de las cuatro, para la que faltaba media hora. Le había prometido a mi jefe que estaría de vuelta a tiempo, que no se preocupara, pero se me habían ido las ganas de enfrentarme a un cliente enfadado.

Eran reuniones que tenía regularmente. Mi jefe prometía maravillas y yo, junto con mi equipo de informáticos, hacía lo que podía. Nunca era suficiente, y entonces comenzaban las reuniones de los clientes enfadados. La dinámica era siempre la misma: ellos se quejaban, mi jefe les daba la

razón, echaba la culpa a los técnicos y yo callaba. Mi papel, como el de cualquier saco de boxeo colgado del techo, consistía en eso, en aguantar y callar. Era algo para lo que tenía talento y en la empresa se me apreciaba por ello. Pero aquel día no me sentía con fuerzas. Pulsé el botón que silenciaba la alarma y abrí el navegador de Internet.

Cáncer de colon. Buscar.

Mi parte más sensata sabía que aquellas pesquisas serían contraproducentes. Ella hubiese corrido hasta la oficina, se hubiera colgado del techo y se habría dejado vapulear encantada. No tenía sentido preocuparse hasta que la colonoscopia confirmara las sospechas. Pero mi lado insensato e irreflexivo, que es el que el miedo siempre impone, se zambulló en el estimulante mundo de la oncología digestiva sin dudarle un instante. Así que, fruto de las primeras lecturas, a los conceptos de cáncer y biopsia se les sumaron otros como pólipos, ganglios, colectomía, hemicolectomía, panprocto-colectomía y colostomía. Pronto se les unieron radioterapia, quimioterapia, panitumumab, cetuximab, aflibercept y bevacizumab. Abrumado por tanta palabra impronunciable, cambié de estrategia y leí varios testimonios de personas que habían padecido la enfermedad. Recuerdo que me sorprendió que todos conseguían una recuperación más o menos digna. Luego pensé que los muertos no escriben mensajes en los foros de Internet.

El teléfono móvil vibró de nuevo y en la parte superior de la pantalla apareció la notificación de un mensaje. Era de mi jefe, que a ver por dónde andaba, que solo faltaba yo. Seguía pensando una respuesta cuando recibí su primera llamada. Mientras sonaba, observé el cadáver de un gato arrastrado por la ría y me pregunté si conseguiría llegar al mar o, por el contrario, acabaría hundido en el fango. No tuve tiempo de meditarlo con calma, la segunda llamada llegó tan rápido que por un instante pensé que la anterior no había terminado. Seguí buscando objetos interesantes en el agua hasta que mi jefe desistió. Después tecleé algo como

«Sigo en la consulta, no creo que hoy vuelva. Lo siento» y lo envié. Ane también me había escrito un mensaje: «¿Q tal lo del médico? Ya me cuentas. Bsos». «Todo bien. Vuelvo al curro. Un besito», respondí. Lo único que me apetecía era tumbarme en el sofá de mi casa y autocompadecerme; ya le contaría a Ane lo de la ecografía, la colonoscopia y todo lo demás. Guardé el teléfono, me froté las manos, que se me habían quedado heladas, y me alejé de aquel banco en dirección al Casco Viejo.

No nos iba mal como pareja, a mí y a Ane. Llevábamos seis o siete años juntos, los últimos dos o tres conviviendo, y la verdad era que nos arreglábamos bien. Ella, que tenía tres o cuatro años menos que yo, era trabajadora social y tenía la manía de involucrarse en cualquier proyecto solidario que se cruzase por su camino. Yo nunca tenía claro qué era trabajo y qué no, aunque supongo que para ella todo era lo mismo. Lo cierto es que su pasión por lo que hacía era contagiosa. Nos conocimos en una asociación de casas de acogida para perros. Un vecino que colaboraba en ella me dijo que les vendría bien un informático y no supe decir que no. Así que, de vez en cuando, me pasaba por la sede y les ayudaba con la página web o la impresora. La impresora, especialmente, les daba mucha guerra. Allí conocí a Ane. «¿Sabes cómo funciona la impresora?», fue lo primero que me dijo.

Formábamos una pareja curiosa. Ella, delgada, bajita, risueña y con voz cantarina, era como un alegre pajarito que revoloteaba de aquí para allá. Yo, tímido, alto, robusto y con mucho pelo, me parecía más a un oso pardo que estaba a punto de hibernar. Pero había química entre nosotros. A los dos nos gustaban las tardes hogareñas viendo una buena película o una serie. Si yo andaba con mi ordenador o mi teléfono móvil, ella leía un libro y apoyaba sus pies sobre mis muslos. Una vez a la semana, en secreto, cenábamos comida basura. A mí me gustaba de ella su culo respingón y sus paletas excesivamente grandes. También me gustaba cuando, después de hacer el amor, me pedía que la abrazara

por detrás y se acurrucaba entre mis brazos. En ocasiones se quejaba de que mi sentido del humor era absurdo, de que haría bien en abandonar ese sarcasmo, pero siempre conseguía hacerla reír. «Si es que, en el fondo, eres un buenazo», decía entonces.

Unos meses antes Ane me había comunicado que quería tener un hijo. Bueno, en realidad, no me lo dijo así. Estábamos haciendo el amor en el sofá cuando me pidió que me quitase el preservativo, que quería sentirme dentro. A mí aquella novedad me excitó y obedecí sin pensarlo. A medida que me aproximaba al orgasmo tuve alguna duda, pero ella repetía una y otra vez que quería sentirme dentro y la pasión del momento hizo el resto. «¿Y si te quedas embarazada?», le pregunté más tarde. «¿No se trata de eso?», respondió ella risueña.

Pero el caso es que no se quedó embarazada, ni ese mes, ni en los seis siguientes. Ane calculó sus días fértiles e incluso acudió al médico por si acaso estábamos haciendo algo mal. Volvió muy enfadada de aquella visita, al parecer, el médico no se la tomó muy en serio. Le dijo que seis meses intentándolo no son nada y que teníamos que ser pacientes. Yo le dije que tal vez su médico tenía razón y ella se enfadó. «Es que parece que todo te da igual», me reprochó. Así que, en honor a la verdad, diré que durante las últimas semanas habíamos estado un poco enfadados.

Las calles peatonales del Casco Viejo estaban bastante tranquilas a aquella hora de la tarde. Aunque era jueves, pronto se llenarían de turistas y, un poco más tarde, de gente bebiendo en las puertas de los bares. Al pasar junto a una de mis tascas favoritas pensé en encargarme una hamburguesa para llevar. La comida grasienta siempre va bien con la autocompasión. Luego imaginé unos pólipos cancerosos y rosáceos emergiendo de mi colon, de la misma forma que Kuato, líder de la rebelión marciana en la película *Desafío total*, emerge de la barriga de su hermano George y le suplica a Arnold Schwarzenegger que le abra su mente. «Ábrame

su mente. Por favor. Abra su mente, abra su mente, abra su mente, abra su mente, abra su mente...». Aceleré el paso.

Llegué al portal de mi casa y saqué las llaves. Estoy casi seguro de que mis manos temblaban, supongo que por el frío, pero quién sabe. Subí por las escaleras los tres pisos que me separaban de mi codiciado sofá, no por gusto, sino por falta de ascensor, y abrí la puerta.

Supe que algo andaba mal en cuanto la crucé.

Los gemidos, el rítmico chirrío del somier, alguna risita. Mi cerebro comprendió bastante rápido el significado de aquellos sonidos, pero, como sucedió cuando vi la sangre en el retrete, tuve la sensación de que nada de eso iba conmigo. Estas cosas solo le pasan al hijo de una conocida, al amigo de un amigo o al protagonista de una novela barata de gasolinera. Mi cuerpo cruzó el salón en un par de rápidas zancadas y se asomó al dormitorio. Estaban realizando la postura del misionero. Él le besaba el cuello mientras ella le agarraba la nuca con una mano. Tenía los pómulos ligeramente enrojecidos, los ojos cerrados, la boca entreabierta dejaba intuir sus paletas de conejo. Pensé que Ane era muy bonita. Pensé que aquella noche íbamos a ver la última película de Tom Hanks pero que ya nunca la vería. Pensé que mi vida era una mierda. Ane abrió los ojos.

—¡Adri! —gritó asustada.

El tipo que estaba encima de ella se dio la vuelta y me miró alarmado. Se llamaba Mohammed. Moha. Lo conocía desde hacía tiempo. Colaboraba en la misma asociación de acogida a inmigrantes que Ane. Habíamos tomado alguna cerveza juntos en más de una ocasión. Era simpático, sonriente. Como ella. Pero en aquel momento ninguno de los tres sonreíamos. No sé cuánto tiempo estuvimos así, mirándonos; desde luego, fue el suficiente para que apreciara hasta el más mínimo detalle de la escena. Noté cómo una plancha de metal al rojo vivo se hundía en mi cerebro y dejaba grabada la imagen para siempre. Dolió.

—Adrián... —susurró Ane, mientras alargaba una mano, como intentando tocarme a distancia.

A partir de aquí todo se vuelve confuso. Creo que grité. Joder, joder, joder, joder, joder. Salí y entré de la habitación varias veces, sin decidirme a liarme a hostias con el bueno de Moha. Ni siquiera en eso tuve estilo. Es posible que rompiese algún vaso o alguna lámpara, no sé, de lo que estoy casi seguro es de que Ane gritaba y alargaba la mano hacia mí. Al final crucé el salón, di el típico portazo de persona despechada, bajé las escaleras y, para cuando quise darme cuenta, volvía a estar andando por la calle como cualquier otra persona que vuelve del trabajo.

Mi teléfono móvil vibraba. Yo lo ignoraba y no detuve la marcha durante un buen rato. Recuerdo que comencé a sudar y, cuando paré y miré a mi alrededor, reconocí el banco donde hacía un rato había estado sentado mirando a la ría. «Puto banco», pensé, «qué cojones hago aquí». Una mujer que paseaba a su hijo me miró asustada, vete a saber por qué. Sentí de nuevo la vibración del teléfono y entonces sí, lo saqué y vi que era el imbécil de mi jefe. Se me había olvidado que tenía un trabajo. Volví a gritar, «Joder, joder, joder, joder»; y fue entonces cuando reventé el teléfono móvil contra el suelo. «Me cago en Dios, joder, joder, joder».

El destino, estoy convencido, disfrutaba muchísimo con el espectáculo.